

Francisco Serrano

EN EL 'PAÍS DE ORO' *

* En el sudeste asiático se conocía con este nombre a Birmania, o Myanmar.

LA DESEMBOCADURA DESDE EL AIRE

El ramaje de un gran árbol de plata.

Los tortuosos arabescos del agua.

Dibujos de Matisse o de Gauguin

En el vientre de la verde Birmania.

EN LA GRAN PAGODA DORADA

No podemos librarnos

Del fardo de la vida.

Cuanto hagamos:

Las ofrendas, los rezos y abluciones,

No cuentan, sólo la compasión.

Somos

Como un árbol de espejos

En medio de un estanque.

Seguimos el camino,

Ignoramos el término.

Voces de despedida.

¿Renaceremos?

El sol danza en la flecha

Dorada de la estupa.

EN EL TEMPLO ANANDA

Los bonzos se adormecen

Frente al altar florido.

No tiene fin, no tiene

La candidez humana.

El hombre en todas partes

Se abandona, se abisma:

La plegaria es el puente.

Todos lo recorreremos.

Impertérrito, el Buda

Sonríe cuando te alejas.

ATARDECER EN EL RÍO IRAWADY

Barcazas en la orilla.

El agua fulge como laca.

Ondas y olas tranquilas.

Largas faldas oscuras,

Camisas de colores, pasos, risas.

Las mujeres rezan y cuchichean.

Serena transmitancia.

EXTINCIÓN

En el estanque
Nuestro reflejo
(Saltó una rana)
Despedazado.

BAGÁN

Llovió toda la noche.
En el amanecer, la humedad
y una neblina gris y densa
que pende como un toldo de los árboles
entorpece la luz.

Una motocicleta
cruza en medio de un charco.
Sus dos llantas chirrían sobre la tierra húmeda.
Indiferentes la miran pasar
las frondas embozadas en la niebla.
De las ramas cuelgan estrías
de agua centelleante.
Corriendo sobre el lodo
bajo el sol confuso
la siguen unos niños
con la cara pintada.

La lluvia de anoche reblandeció
los muros de arenisca
de muchos de los templos.

No hace frío
pero la hosca humedad cala los huesos.
Charcos por todas partes.

Por la mañana el templo 227,
debilitado en sus cimientos
por el exceso de agua,
con un estruendo sordo
se derrumbó, como si hubiera
trepidado la tierra.

Una turba se apiña
frente a la alta estupa descalabrada.
Los vecinos han acudido
tratando de ayudar
y apilan en montones
los ladrillos desmoronados.

Turistas intrusivos,
nos detenemos a observar
y a tomar algunas fotografías.
¡Y de pronto, sobre la canastilla
de una desvencijada bicicleta,
entre pedruscos y terrones,
surgen
dos o tres esculturas
de Buda en bronce y barro
y un par de tabletas de terracota,
imágenes votivas
maravillosamente modeladas!

Son de los siglos XI y XII, dictaminan
los arqueólogos, llegados
para coordinar el súbito rescate,
que no parecen sorprendidos
aunque sí emocionados:
limpian con devoción las imágenes exhumadas,
las toman reverentes, las saludan
con tres inclinaciones de cabeza,
las llevan a su frente.
Es claro que para ellos no son meros hallazgos,
objetos de museo más o menos valiosos,
sino en verdad reliquias, piezas de culto vivas.

En Bagán, nos explican, las pagodas y cúpulas
de los templos están repletas de tesoros.
Los viejos arquitectos ocultaban
entre el barro de los ladrillos
imágenes del Buda
y algunas otras piezas,
amuletos y ofrendas, que protegen
y bendicen los sitios erigidos
como una forma de acumular méritos,
según la doctrina 'de los ancestros'.
Y ahí habrán de permanecer
hasta que las tenaces lluvias

o la furia de algún terremoto descubra
lo que durante siglos resguardaron
de la usura del tiempo.

Un atisbo del cielo
sobre la tierra derrumbado...